



# Lisboa

cercana y acogedora





A la izquierda Plaza del Comercio. Arriba Torre de Belém

Texto y fotos: **Carlos M. Martín**

Lisboa ha cambiado su terno decadente por una aureola de modernidad. No resultará sencillo a quien regrese a la ciudad después de una prolongada ausencia reconocer a la Lisboa «triste y alegre, pavorosamente perdida» de Fernando Pessoa en los aires de remozada urbe europea que hoy día exhala la capital lusitana. Como una dama que renace de un largo duelo, la capital portuguesa se ha desprendido de su luto centenario para engalanarse con un aura alegre, con esa vitola de modernidad que la nueva Europa exige a sus bastiones capitalinos. Sin embargo, la ciudad cuya mejilla besa el río Tajo ha sabido conservar las mejores esencias de su magia urbana y de sus tradiciones –como el proverbial gusto por el azulejo– que imprimen a la ciudad una destacada personalidad. La Lisboa de la abrupta geografía –curvilínea, seductora– ha renovado su espíritu sobre cenizas de un populismo que rumiaba, plegado sobre sí mismo, un rancio ostracismo. Lisboa sigue siendo la ciudad de la sorpresa íntima, que atrapa y cautiva al caminante. Las claves de la misteriosa belleza que encierra esta ciudad luminosa son difíciles de descifrar.

Altiva y melancólica, sobria y esplendorosa, plural y única, provinciana y cosmopolita, tímida y descarada, Lisboa proporciona multitud de paradojas que ponen a prueba la capacidad intuitiva del rastreador de encantos ciudadanos que pretenda desvelar el arcano de su misterioso atractivo.

Quienes se declaran viajeros empedernidos saben que las ciudades son «para caminarlas». Lisboa es «para sentirla» paso a paso en cada una de las empinadas pendientes que protegen sus más celosos secretos. Pero la Lisboa dura y exigente es, a la postre, siempre generosa. Cualquier esfuerzo por transgredir los límites de su celosa intimidad tiene el premio del descubrimiento esplendoroso, en la Alfama tortuosa, bohemia y decadente, que abre sus ojos desde el mirador de Santa Luzia a la caótica maraña urbana aferrada a sus siete colinas –sugerencia imperial romana– o a la vera del Tajo, desde los oteaderos que se abren hacia poniente para disfrutar, en un melancólico ambiente de olores prohibidos y tañidos de guitarra, el incendio del cielo lisboeta que cada tarde propicia el ocaso solar.

Para descubrir la cara más amable y remozada de Lisboa puede el viajero recorrer su «eje de la modernidad»,



Plaza de Rossio

siguiendo la bisectriz de la barriada de Baixa. Podremos partir de la Plaza del Comercio (\*\*), que abre espaciosa explanada hacia el embarcadero del estuario, junto al vértice donde el Tajo riega el punto más próximo al corazón de la urbe. Preside la plaza la estatua que la ciudad dedicó al monarca José I. Es lugar de permanente trasiego de los sugerentes tranvías capitalinos. Bajo imponente arco triunfal se ingresa en Rua Augusta, calle central del corazón lisboeta. Un entramado de calles paralelas nos pondrá en contacto con el espíritu más cosmopolita y la cara más moderna de la ciudad. A través de este laberinto peatonal alcanzaremos la Plaza de Rossio (\*\*), auténtico escaparate de la remozada capital portuguesa. Presiden este espacio urbano la fachada neoclásica del Teatro Nacional y el monumento al emperador Pedro IV, impulsor de la Carta Magna portuguesa de 1826. Rossio es centro neurálgico no sólo de la geografía urbana, sino también de la propia vida lisboeta. Es lugar estratégico para tomar el pulso a la ciudad. No habremos de caminar mucho para alcanzar la contigua Plaza de Figueira (\*\*), otro esplendoroso ámbito arquitectónico dominado por los remates abuhardillados de sus añosas viviendas y presidido por el monumento ecuestre al monarca Dom João I, que



Monasterio de los Jerónimos

derrotó a las huestes castellanas en Aljubarrota.

Desde los confines septentrionales de Baixa podremos emprender una larga y amena caminata por la Avenida da Liberdade para alcanzar la Plaza del Marqués de Pombal (\*), cabecera del Parque de Eduardo VII (\*\*), auténtico lujo para el recreo en la ciudad. No debe dejar de visitarse allí la Estufa Fría (\*\*), un melancólico rincón habilitado para un paseo cargado de sugerencias románticas.

Para buscar los rincones más car-

gados de sabor cultural podemos seguir las imaginarias huellas de Fernando Pessoa. El elevador de Santa Justa pone a nuestro alcance el acceso al Museo que se exhibe entre el desgarnecido esqueleto de la iglesia monasterial do Carmo (\*\*) (Largo do Carmo), que la ciudad ha conservado en tan peculiar estado como testimonio de los estragos causados por el terremoto que asoló la ciudad en 1755. El templo fue edificado, bajo ideario estilístico gótico, a partir de 1389 y con patrocinio del condestable Dom Nuno Álvares Pereira. Actualmente alberga un museo que, entre otros fondos, cuenta con interesantes muestras medievales. Poniendo rumbo hacia el sector meridional, entraremos en el barrio de Chiado, zona de dominio de los modernos comercios –grandes almacenes y centro FNAC–, donde menudean las oportunidades para caer en brazos de la tentación consumista. En el tradicional café «A Brasileira» podrá el visitante sentarse a la vera del mismísimo Pessoa, cuya impertérrita figura, tallada en metal para conmemorar el centenario de su nacimiento, vigila desde su terraza el tránsito ciudadano por el popular Chiado. «A Brasileira» fue siempre punto de encuentro de la intelectualidad lisboeta. A través de la plaza que la ciudad dedicó a Luis de

Camões –otro de los grandes poetas que alumbró Lisboa, autor del universal *Os Lusíadas*– se ingresa en Bairro Alto, donde las callejuelas estrechas y empinadas sustituyen a las amplias avenidas por las que transitábamos en Baixa. Es Bairro Alto el lugar de contacto con el fado y con las mejores esencias de la noche lisboeta.

Al otro lado de Baixa, hacia nacimiento, se eleva la colina que proporciona escabrosa orografía a Castelo y barrio de Alfama. Debemos prepararnos para recuperar el espíritu más popular de Lisboa. Antes de internarnos entre las

callejuelas de uno de los barrios más intrincados de la ciudad, donde la tradición duerme envuelta en melancolía, podemos acercarnos al perímetro inferior del barrio para contemplar la interesante Casa dos Bicos (\*), espléndida muestra de la delicia tardogótica lisboeta erigida como sede de la Asociación para el Comercio Marítimo con las Indias. Para alcanzar la Catedral (\*\*), metropolitana habremos de ascender, cansinamente, por las exigentes pendientes que la circundan. Revela este monumental edificio una inagotable sucesión de interven-

ciones arquitectónicas y vicisitudes restauradoras. Ha sido castigada por los repetidos seísmos que han azotado a la ciudad. Conserva, pese a la amalgama de remiendos constructivos, las esencias de su traza original, en las que adivinaremos influencias románicas y góticas. Se presume que ocupa el solar de la anterior iglesia visigótica, y la tradición local asegura que aquí se elevó una edificación romana dedicada a Augusto. El entramado urbano está dispuesto en este tortuoso lugar de modo favorable para que el caminante pueda alcanzar, sin excesivo quebranto del resuello, el Castelo de San Jorge (\*\*), que une a un indudable interés arquitectónico el incentivo de espléndidas panorámicas de la ciudad.

Nuestro recorrido lisboeta nos conduce, ahora, a la vera del Tajo, rumbo al barrio de Belém, donde nos esperan algunos de los reclamos turísticos que han alcanzado mayor notoriedad. El Monasterio de los Jerónimos (\*\*\*), erigido en el espacio urbano que hoy ocupa la Plaza del Imperio, es, sin duda, la referencia representativa más notable de la capital portuguesa. Su impresionante estampa hace que cuantos elogios puedan dedicarse a esta excelsa muestra de la estilística manuelina –matizada con influencias góticas y platerescas– resulten insuficientes. Sea la imagen quien, mejor que la palabra, haga justicia a este portento arquitectónico (ver pág. 36). Debe el turista organizar su visita a Lisboa de modo que pueda habilitar un período de tiempo suficiente para recorrer pausadamente tanto el interior del templo –donde entre otros inagotables motivos de interés encontrará las tumbas de Vasco de Gama y Camões talladas por Costa Mata– como el fantástico claustro, y para admirar detenidamente la portada meridional.

A la vera del Tajo hallaremos, también, sendos jalones inexcusables de nuestro recorrido por Belém. Desde el mirador del monumento a los Descubrimientos (\*) se disfruta una inigualable panorámica sobre Los Jerónimos. La contigua Torre de Belém



Atardecer en el corazón urbano de Lisboa

(\*\*\*) es exponente arquitectónico civil del estilo manuelino. Su construcción data de 1515, y se erigió para protección del puerto de Restelo, por orden de Manuel I y bajo dirección de Francisco de Arruda, como parte de un plan defensivo más ambicioso que pretendía guarnecer la costa portuguesa entre Cascais y Lisboa. Durante el reinado de Felipe II la Torre se destinó a tareas fiscales y ejerció como presidio. Rompe la pauta de sobriedad ornamental que caracteriza a las edificaciones castrenses, adornándose con airosas garitas, balcones volados sobre matacán y ventanas ajimezadas. Luce atributos de elegancia y belleza suficientes para que la UNESCO haya considerado a tan emblemática obra como «Patrimonio de la Humanidad».

Para completar un recorrido panorámico de la ciudad proponemos realizar un viaje en barco por el río Tajo. Parte diariamente –a las 11 y 15 horas– del muelle de Terreiro do Paço, en las inmediaciones de la Plaza del Comercio y realiza un recorrido panorámico que finaliza en las instalaciones de la Exposición Universal, entre las que figura el interesante Oceanario del Parque de las Naciones.

La oferta de arquitectura civil y religiosa no se agota con las reseñas de los edificios ya destacados. Para degustar la



- |                                       |                                    |
|---------------------------------------|------------------------------------|
| 1 Mirador de San Pedro Alcántara      | 13 Castillo de San Jorge           |
| 2 Museo de San Roque                  | 14 Museo de la Marioneta           |
| 3 Teatro María II                     | 15 Pza. Camoens                    |
| 4 Pza. de Rossío                      | 16 Teatro San Carlos               |
| 5 Palacio de la Independencia         | 17 Facultad de Bellas Artes        |
| 6 Iglesia de Sto. Domingo             | 18 Chiado                          |
| 7 Hospital de San José                | 19 Palacio del Concejo             |
| 8 Convento de Sta. María de la Gracia | 20 Arco de la calle Augusta        |
| 9 Convento del Carmen                 | 21 Plaza del Comercio              |
| 10 Ascensor de Sta. Justa             | 22 Iglesia de la Concepción        |
| 11 Pza. de Figueira                   | 23 Iglesia de Sta. María Magdalena |
| 12 Mirador de San Jorge               | 24 Catedral                        |
|                                       | 25 Casa de los Bicos               |
|                                       | 26 Fragata D. Fernando II y Gloria |
|                                       | 27 Museo Espíritu Santo            |
|                                       | 28 Mirador de Sta. Lucía           |
|                                       | 29 Iglesia de San Miguel           |

- Leyenda**
- (#) Interesante
  - (##) Muy interesante
  - (###) Imprescindible

edificia civil puede recomendarse la visita al edificio del Concelho (\*) –con un Archivo Histórico y espectacular escalinata–, al Palacio Real de Bemposta y a la relación inagotable de edificios notables urbanos que se diseminan por doquier en la ciudad. El palacio de Fronteira (\*) (Largo de San Domingos de Bemfica) muestra rico alhajamiento y se rodea de notable jardín, mientras el de Azurara (Largo das Portas do Sol) alberga un Museo de las Artes Decorativas y el Nacional de Ajuda (Largo de Ajuda) cuenta con espléndido mobiliario y tapices notables. El prontuario de palacios es inagotable e incluye, entre otros, los de Alcavovas, Barbacena, das Necesidades, de los duques de Palmela, condes de Óbidos, Marqués de Abrantes, Ludovice y Teles de Meneses. La arquitectura religiosa ofrece, también, muestras destacadas, como Santa Engracia (\*), São Miguel (\*), São Vicente da Fora (\*), Convento de São Bento (\*) o la Basílica da Estrela (\*), según relación meramente ejemplificadora.

Es Lisboa ciudad pródiga en Museos. En el Nacional de Arqueología y Etnología (\*) –que trasladó sus fondos al edificio de Los Jerónimos, en la Plaza del Imperio– destaca el conjunto dedicado a Tesouros da Arqueología Portuguesa, con una relevante muestra de objetos datados a partir del tercer milenio anterior a nuestra era. El Monasterio de los Jerónimos alberga también un Museo



de la Marina (\*), en el que destaca un interesante pabellón de las Galeotas. El Museo Nacional de Carruajes –Dos Cochés– (\*) goza de especial predicamento entre los lisboetas. Fue fundado a comienzos del siglo xx por la reina Amelia de Orleans y debe reconocerse que es único en su temática. Reúne una insospechable colección de carrozas –sorprenderá el talante marcadamente barroco de algunas piezas– con toda su dotación de aperos y libreas de cocheros y sirvientes, y notable diversidad de carruajes, berlinas y sillas de paseo. Todo ello, en un abigarrado ambiente palaciego, decorado con pinturas de Nicolau Delerive, Joaquín José Lopes, Francisco de Setúbal y Francisco José de Oliveira. Muy interesante resulta también el Museo Nacional de Arte Antigua (\*\*), instalado en un palacio de la titulari-

dad de los Condes de Alvor (Rua das Janelas Verdes), que agrupa espléndidas colecciones pictóricas, escultóricas y de arte decorativo. Entre la restante nómina de Museos metropolitanos podría destacarse, por su interés, la colección Calouste Gulbenkian (\*\*\*) (Plaza de España) que reúne piezas muy valiosas, procedentes, principalmente, de Egipto, Grecia y Asia, con amplia cronología que abarca desde el tercer milenio anterior a nuestra era hasta épocas contemporáneas. También es digno de visita el Museo Nacional del Azulejo (\*\*\*) (Rua da Madre de Deus), con el que los lisboetas manifiestan su pasión por la cerámica decorativa. La oferta de museos capitalinos no se agota con estas referencias, pues incluye otros con temáticas tan variadas como el de Arte Sacro instalado en la Iglesia

de San Roque, el Etnográfico (Rua das Portas de Santo Antão), el de Marionetas –Largo Rodrigues Freitas– o el singular Museo da Electricidade.

Cerramos nuestro periplo lisboeta en la Casa-Museo de Pessoa (\*) (Rua Coelho da Rocha, 16), donde podremos respirar el ambiente que inspiró alguno de los versos que el poeta portugués aquí compuso, y curiosar entre los volúmenes de una bien surtida biblioteca con la obra del autor y diversos trabajos sobre su repercusión literaria, mientras sentimos su distraída presencia desde el conocido cuadro con el que el pintor Almada Negreiros captó el alma del poeta. ■

► Lisboa ofrece el interesante recurso de sus Tarjetas Lisboa Card, Lisboa Shopping Card y Lisboa Restaurant Card. La primera permite el acceso libre e ilimitado a todo tipo de transportes públicos –metro, autobuses y tranvía– y a 26 museos y lugares de interés de la ciudad, además de proporcionar descuentos en entradas de algunos espectáculos y exposiciones. Pueden seleccionarse períodos de validez de 24, 48 y 72 horas. La que se destina al comercio habilita compras con descuentos –del 5 al 20%– en dos centenares de establecimientos céntricos –Baixa, Chiado y Avenida da Liberdade–. Su coste es variable en función de la duración seleccionada. Pueden adquirirse en las oficinas de turismo. En hoteles, agencias de viaje y en los centros *Ask Me* se pueden comprar tarjetas Lisboa Restaurant Card –unipersonales, dobles o familiares–, que permiten obtener, durante 72 horas, descuentos a partir del 10% en cuarenta restaurantes lisboetas.

► No se puede hablar de Lisboa sin referirse al fado. Alfama

### Muy práctico



–*Parreirinha D'alfama* (Beco do Espírito Santo, 1) o *Casa do Fado* (Rua São João da Praça, 92)– y Bairro Alto –*Adega do Machado* (Rua do Norte, 91) o *Nónó* (Rua do Norte, 47)– son santuarios de esta tradición. No obstante, los locales que ofrecen espectáculos de fado proliferan por toda la ciudad. En Madragoa encontramos el prestigioso *Senhor Vinho* (Rua do Meio à Lapa, 18).

► La comida tradicional lisboeta está representada

en restaurantes muy heterogéneos. Un taxista local le recomendará el Bica do Sapato (Avenida Infante D. Henrique), especializado en pescado, aunque sus precios no resultan económicos. Si busca un ambiente cuasi-palaciego, puede acudir al restaurante más antiguo de la capital, *Tavares* (Rua da Misericórdia, 37), recientemente rehabilitado, donde el ambiente lujoso parece preponderar sobre cualquier otra consideración. *Pap' Acorda* (Rua Atalaia 57-59)

y *Kais* (Rua da Cintura do Porto de Lisboa), junto al nuevo *A Travessa* (Travessa do Convento das Bernardas) son alternativas más modernas que han alcanzado rápida popularidad.

► Puede buscarse animación nocturna en los establecimientos de Bairro Alto. El café *Pavilhão Chines* (Rua Dom Pedro V, 89) ofrece un ambiente tranquilo y el Instituto *Do Vinho Do Porto* (Rua de São Pedro de Alcântara, 45) permite saborear el afamado vino dulce portugués en un local de sabor tradicional. *Bar Artis* (Rua Diário de Notícias, 95) ameniza la estancia con música de jazz, mientras *Portas Largas* (Rua da Atalaia, 105) sirve sangría en un ambiente muy popular. Desde hace algunos años los viejos muelles del Tajo, junto al Puente 25 de Abril, han habilitado los más insospechados locales para albergar clubs que pronto han alcanzado mucha popularidad, como *Kremlin* (Escadinhas da Praia, 5), que ofrece música «techno», *Kapital* (Avenida 24 de Julho, 68), en cuyas distintas plantas se escuchan diferentes estilos musicales o el muy popular *Lux* (Avenida Infante